

El Polo y la guerrilla (I)

Una opinión personal

Por Miguel Gamboa

El PDA ha justificado el empleo de métodos democráticos para hacer política en la Colombia de hoy y ha descalificado el uso de las armas para alcanzar el poder. La guerrilla, por su parte, justifica su práctica actual con una argumentación que es casi diametralmente opuesta a la del Polo. El fundamento de la práctica del Polo es muy diferente, si no opuesto, al fundamento que esgrime la guerrilla para justificar su actuación. Además, el Polo no está preparando una insurrección u otro tipo de levantamiento armado. Pero no es que el Polo renuncie a la toma del poder sino que aspira a hacerlo partiendo de una mayoría electoral como lo ha hecho la izquierda en los últimos años en varios países latinoamericanos.

Los grandes cambios socioeconómicos que necesita el país serán, en consecuencia, impulsados desde un gobierno del Polo, o con participación de él, apoyado en una fuerza (o coalición) mayoritaria. Como partido de oposición, el Polo apoya las luchas sociales democráticas, fomenta la participación de la sociedad civil y también asume responsabilidades en los gobiernos locales. Se podría decir que entre el Polo y la guerrilla hay coincidencias programáticas, pero no olvidemos que los programas son textos escritos, son intenciones. Podríamos argumentar que el Polo está más cerca de su programa que la guerrilla del suyo.

La diferencia entre el Polo y la guerrilla no se debe solo al hecho de que esta utiliza sistemáticamente el secuestro. Esta práctica, es cierto, ha sido condenada repetidas veces por el Polo. Pero el Polo ha ido más allá descalificando también el ataque a las fuerzas armadas. En la página del Polo se publicó, por ejemplo una condena a la muerte de militares a raíz de un ataque guerrillero. Es cierto que hay una diferencia entre atacar civiles y atacar blancos militares como lo hay entre terrorismo y guerra revolucionaria, pero el Polo no se ha colocado en la situación de condenar los “lados malos” de la acción guerrillera y de apoyar su “lados buenos”. El distanciamiento es una cuestión de principios. Necesario, además, para que se sepa desde qué posición encara el Polo su reto principal: la derrota de la derecha gobernante.

Pareciera entonces contradictorio que el Polo luche no solamente por un intercambio humanitario, con miras a lograr la liberación de gente secuestrada a cambio de la libertad de guerrilleros presos, sino que también luche por una solución política del conflicto interno. La aparente contradicción se puede formular así: ¿Cómo, a pesar de diferencias de principio, se puede apoyar un diálogo y unos acuerdos con la guerrilla que pueden conducir hasta a una participación de esta en un gobierno de transición o reconciliación? ¿Cómo es que, si somos tan diferentes, podemos terminar, en un futuro, compartiendo responsabilidades?

Descalificar la lucha armada no significa desconocer a la guerrilla como un actor político con el cual, al menos teóricamente, existe la posibilidad de negociar un acuerdo político que posibilite la terminación de las acciones armadas. Además, la liberación de los civiles que desde hace varios años están en poder de las FARC sería una respuesta a un amplio clamor nacional, acercaría a la guerrilla a las normas del derecho internacional humanitario y ayudaría a avanzar hacia un acuerdo político. La liberación de los militares hechos prisioneros en combate también es urgente. Por razones humanitarias y en consideración a convenciones internacionales vigentes sobre la guerra y los conflictos armados internos, no deben ser convertidos de manera indefinida en rehenes. El apoyo masivo a los reclamos y a la marcha

del profesor Moncayo, cuyo hijo está hace muchos años cayó en un combate en poder de las FARC, indica lo que piensa la mayoría de la sociedad colombiana. Al mismo punto se puede llegar si se toma en cuenta los elementos libertarios que han acompañado a muchas guerras revolucionarias o si no que se mire lo que al respecto dice Fidel Castro en sus conversaciones con Ramonet.¹

El Polo se ha comprometido con los intereses de la mayoría de nuestro pueblo pero también trata con respeto los sentimientos mayoritarios. Y aquí se pone de presente otro distanciamiento con la guerrilla que si bien tiene definiciones programáticas dirigidas hacia la mayoría, en la práctica atropella opiniones y sentimientos mayoritarios. Un partido de izquierda democrática, como el Polo, lucha por articular una gran fuerza social. Una guerrilla que cree que ya tiene la mayoría o que esta mayoría es imposible de alcanzar antes de tomar el poder, cae en un fundamentalismo fatal. En Colombia hemos conocido ambas actitudes y además otra: la de la guerrilla que prefiere el control militar territorial más que una estrategia de toma del poder.

Hay un punto de desacuerdo en la lucha por la paz. Algunos consideran que para ello basta presionar al gobierno y hay que silenciarse frente a la guerrilla. Otros consideramos que la oposición al régimen pierde credibilidad si no se presiona también a la guerrilla. El país, y al izquierda democrática ganarían mucho si la guerrilla quisiera parecerse a la definición que ella misma se da en sus ya históricos documentos programáticos. Pero seguimos perdiendo si no cambia su práctica.

En Europa, para ganar apoyo a la lucha por la paz, el Polo debe dar respuesta a la pregunta de su posición frente a la insurgencia que es más difícil de explicar que su posición frente al gobierno y los crímenes paramilitares. La batalla en Europa por los derechos humanos en Colombia ha tenido muchos avances. La otra batalla, por el apoyo a nuestro proyecto político está pendiente.

¹ Ramonet, Ignacio (2006). Fidel Castro, Biografía a dos Voces. Capítulo 9. Editorial Debate, Barcelona